

LOS MONOS ENLOQUECIDOS EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS: PARADIGMA, ZONAS DE CONTACTO, ZONAS DE «MACIDEZ»

Humberto E. Robles

Los monos enloquecidos (1931/1951) es la novela póstuma, inconclusa, de José de la Cuadra. Ha pasado fundamentalmente inadvertida; un buen número de escritos del mismo de la Cuadra le han hecho sombra.¹ Hoy por hoy, sin embargo, es quizás la obra que más se presta a mayores posibilidades de lectura, la que mejor trasunta la crisis y los varios derroteros que reclamaron la atención de su autor, la que mejor capta el paradigma de la época.

En *Los Sangurimas* (1934), la «novela montuvia» del guayaquileño, hallamos el siguiente juicio, atribuido a los semanarios de izquierda:

En el agro montuvio... hay dos grandes plagas entre la clase de los terratenientes: los gamonales de tipo conquistador, o sean los blancos propietarios, y los gamonales de raigambre campesina auténtica, tanto o más explotadores de los hombres del terrón... del montuvio proletario... que los mismos explotadores de base ciudadana. Aristocracia rural paisana, que pesa más todavía que la aristocracia importada, de la cual gana en barbarie. (1958, 509-10)

Caso aparte, en 1936 de la Cuadra escribió un corto artículo titulado «El libro del semestre», artículo que no pareciera ser más que una reseña de «Del agro ecuatoriano», una colección de ensayos que acababa de publicar Pío Jaramillo Alvarado, prestigioso investigador de cuestiones indígenas. Ese artículo, sin

1. Caben aquí: *Los Sangurimas* (1934), «La Tigra» (1935) y cuentos como «Banda del pueblo», «Olor de cacao», «Chumbote», «Calor de yunca», que han sido recogidos en más de una antología. Asimismo, importa tener en cuenta al ensayista: *El montuvio ecuatoriano* (1937), un buen manojito de ensayos teóricos, y crónicas de singular significado como «El caballero Pigafetta».

embargo, le dio la oportunidad a de la Cuadra para identificarse con la política cultural que rezumaba lo que Jaramillo Alvarado exponía:

[El libro] es, antes que nada, una leal exposición de la verdad del medio natural del Ecuador, tan inflado de fábula, tan *pais de Alicia*, y que, por debajo de sus pomposas apariencias, oculta una incurable lacería. Jaramillo Alvarado procura cortar las alas a *nuestra fantasta, que es quizás lo único rico y exuberante de veras que tenemos en el patrimonio*. Yo estoy de acuerdo con esta operación de cirugía, *con esta campaña de sanidad mental colectiva*. Hasta he sostenido la necesidad de desterrar aquellas ilusiones populares... acerca de nuestra presunta maravillosa riqueza, que tanto daño nos han venido causando desde los días oscuros de la Patria Boba... Es solo en la conciencia de nuestra verdad que haremos gestión de provecho y encontraremos nuestras potencialidades constructivas. (1958, 979-80. Subrayado mío.)

Los escritos mencionados remiten a perspectivas sincrónicas que informan el paradigma cultural que gobierna la generación del 30 en el Ecuador. Paradigma que plasma, por igual, *Los monos enloquecidos*.²

A costa de *Los monos enloquecidos*, y esto me incumbe, las lecturas críticas han venido repitiendo que la colección de cuentos *Repisas* (1931) encarna el momento de ruptura en el presunto cambio de orientación de intereses que se perfila en de la Cuadra. El hecho es que vista la cuestión con más pausa, la producción del autor guayaquileño no es tan fácil de encasillar. Incluso podría decirse que en su obra se disciernen tendencias que compiten, que se transforman, y que vuelven a aparecer.³ Y no era de esperar menos, dada la época de ambivalencia y crisis que

2. Seguimos, por analogía, la sin duda compleja e influyente, y hasta controversial, noción de paradigma elaborada por Kuhn (1962I, 1996, 179-82). Paradigmas -are... community-based activities. To discover and analyze them, one must first unravel the changing community structure... A paradigm governs... not a subject matter but rather a group of practitioners. Any study of paradigm-directed or of paradigm-shattering research must begin by locating the responsible group or groups... What do its members share that accounts for the relative fulness of their professional communication and the relative unanimity of their professional judgments?- Kuhn tiene en cuenta las ciencias. Nosotros derivamos de su pensamiento la idea de una comunidad o grupo que, con las variantes particulares, revela ciertas preocupaciones, valores, generalizaciones simbólicas, y posibles soluciones a la crisis o encrucijada que se disciernen en el ámbito inmediato que comparten los miembros del grupo. *Los monos enloquecidos*, sugerimos, se presta a una lectura -paradigmática- que remite a ciertos modelos y que habría que comprobar teniendo en cuenta no solo otros escritos del mismo de la Cuadra, sino también de sus compañeros, e. g., del Grupo de Guayaquil. Una mayor comprensión de esos textos sería releerlos -by recapturing out-of-date ways of reading out-of-date texts- (Kuhn, 1979, xiii).
3. Téngase en cuenta, e.g., que de la Cuadra había publicado en 1923, en el primer número de la revista *Germinal* de Guayaquil, el cuento -El desertor- que más tarde fue recogido en *Repisas* (1931) y que de hecho encaja dentro de la vena del realismo social que se viene asociando con el Grupo de Guayaquil y la generación del 30. Eso ocurría, pues, muchos años antes de

le tocó vivir a de la Cuadra —pequeño burgués con visos de aristócrata; y, pequeño burgués con voluntad de identificación colectiva—. Tal es el caso que casi podría adjudicársele al hombre de la Cuadra, (¿y por qué no a toda la generación del 30?) la siguiente advertencia tomada de *Vida delahorcado*, la «novela subjetiva» que Pablo Palacio publicó en 1932:

[S]oy un proletario pequeño-burgués... un producto de las oscuras contradicciones capitalistas que está en la mitad de los mundos antiguo y nuevo, en esa suspensión de aliento, en ese vacío que hay entre lo estable y el desbarajuste de lo mismo. Tú también estas ahí, pero tienes un gran miedo de confesarlo porque uno de estos días deberás dar el salto y no sabes si vas a caer de éste o del otro lado del remolino. Mas aquí mismo estás enseñando las orejas, amigo mío, tú, enemigo del burgués, que ignoras el lado en donde caerás después del salto.

Pero ya me lo aclaras todo: Estoy viviendo la transición del mundo. Aquí, delante de mí, está la volcadura de campana, del otro lado de la justicia, y aquí mismo, dentro de mí, están todos los siglos congelados, envejecidos y grávidos. Yo tengo un amor en estos siglos; yo tengo un amor en esta volcadura. (9-10).

Los monos enloquecidos compendia y elabora los tres factores sugeridos: 1. un examen de cómo el terrateniente ecuatoriano llegaría a serlo —su historia, sus atributos, su manera de pensar; 2. el espíritu de revisión histórica, de «campana de sanidad mental colectiva» de la vida nacional ecuatoriana tan inflada «de fábula, tan [de] país de Alicia»; 3. una expresión de los paradigmas generacionales

que apareciera *Los que se van. Cuentos del cholo y el montuvío* (1930), en que colaboraron Demetrio Aguilera Malta, Joaquín Gallegos Lara y Enrique Gil Gilbert. Ahora bien, ese detalle bibliográfico, por cierto, plantea serias preguntas sobre la producción literaria de la época. De igual modo, y ya en pleno apogeo del realismo social del 30, de la Cuadra reproduce cuentos que remiten a una literatura rosa y galante, sentimental, frívola diría la crítica. «Si el pasado volviera», e.g., apareció reimpresso en el No. 152, 1932, de la revista uruguaya *Vida Femenina*; y, otros relatos que también reimprimió dentro de esta última tendencia — fechados en 1923 y 1926— son «El amor que dormía» y «Madrecita falsa». El primero en *Vida Femenina*, No. 142, 1930; y, también en el No. 114, mayo, 1933, de *Semana Gráfica* de Guayaquil. El segundo, firmado en 1923, volvió a aparecer en el No. 230, octubre de 1935, de *Semana Gráfica*.

Así, persuade que de la Cuadra seguramente también pensaba en su propia producción, cuando en el artículo referido sobre Publio Falconí dijo «Que ventura es de artistas el magnificar metamorfosis de su propio espíritu, sin perder —y fijase aquí el punto de milagro—, la alta evidencia de ser ellos mismos, diversos y unos a la par» (149). Ese reeditar de los cuentos anotados puntualiza lo dificultoso que es encasillar la producción del guayaquileño. El hecho de que la crítica haya preferido juzgar esos tres últimos relatos mencionados como superados y de menor valía, plantea preguntas una vez más no solo sobre el paradigma que determina a la generación del 30, sino también sobre el paradigma que la recepción de una tradición crítica ha impuesto respecto de la producción de esa generación, promoviendo esto o aquello como de mayor o menor valor por esta o aquella razón. Mucho dice todo ello sobre la pertinente cuestión de la sociología del gusto literario.

y personales que se manifiestan en de la Cuadra, en su producción estética y ensayística.

En conjunto, esos tres factores remiten a un paradigma de valores compartidos, a un proyecto cultural cuya meta, en el fondo, no era otra que la de señalar anomalías en vigencia. El objetivo sería promover una revisión histórica de la conciencia nacional con miras a efectuar cambios en las estructuras de poder que regían la esfera pública, el ámbito social, y el sentido de identidad ecuatorianos.

II

Los monos enloquecidos es un recuento de la historia personal y familiar del marino guayaquileño Gustavo Hernández da Fonseca y, por contigüidad, de su ciudad natal. El designio es exponer el sistema económico, racial y de clase que representaba el terrateniente criollo de principios de siglo. La novela destaca las consecuencias nocivas de la política oficial agraria de la colonia que permitía que la metrópoli, por el mero hecho de ser «súbditos fidelísimos de su Católica Majestad», concediera tierras a los que arribaban a los confines de la periferia (de la Cuadra, *Obras* 621). Política agraria que privilegiaba a segundones que, por línea directa o torcida, presumían, reclamaban o arrebataban derechos de alcurnia, con el resultado de que el hidalguéolo de reciente arribo se transformaba a corto plazo en encomendero, en señor feudal, en progenitor histórico del moderno terrateniente —de los Gustavo Hernández da Fonseca, el protagonista de *Los monos enloquecidos*—. Esa política agraria consolidaba insólitos poderes, manifiestos en incommensurables propiedades, secuela de la geografía imaginaria de los conquistadores que, sin más, se adjudicaban quiméricos linderos.

A los susodichos factores económicos, la novela añade uno psicológico, relacionado con el notorio derecho de pernada, cuya consecuencia directa fue el mestizaje que define aún a las clases latifundistas ecuatorianas. Trascendencia que conlleva un complejo de casta, de enajenación y de identidad. *Los monos enloquecidos* propone que el sentido de privilegio y abolengo es algo que se intensifica en los vástagos mestizos del hidalguéolo menesteroso:

[Este] buscábase una doncella natural, lo más agraciada que encontrara, para que hiciera con él de concubina y servidora; y, como ésta le diera un hijo, quedaba de hecho constituido el mayorazgo. Al morir el padre, heredaba el mestizo los campos y los indios. Era seguro que él se preocuparía por aumentar los unos y disminuir los otros. Se sentiría vástago de quien lo engendró, mucho más noble que su mismo progenitor, y verdadera ave de presa. Haría cuanto estuviera a su alcance para volverse más rico, incluso matar a la madre para apoderarse de sus alhajas de oro bruto y ... (1958, 622-23)

He ahí, en resumen, la inferencia de cómo llegó a ser historia el moderno terrateniente. Los puntos suspensivos al final de la cita, sin embargo, insinúan además otro blanco, aluden a la tendencia del mestizo a borrar la identificación con lo indígena (entiéndase con la madre), a disimular lo que carecía de prestigio. Mas como ello no siempre era étnicamente posible, debido a los «feos saltos atrás», los Hernández se habían inventado, *simulaban* según la opinión de malintencionados, entronques con casas reales indígenas y, también, africanas.

Ese último particular —no obstante el talante de arregosto y mofa con que se lo refiere— exacerba la cuestión, dado el aún hoy en vigencia tabú y rechazo de identificación con lo negro prevaleciente en el país. Resulta claro que de la Cuadra no solo se propone desmitificar y parodiar las ínfulas y fantasías de las clases dominantes guayaquileñas, sino incluso ir más allá —insistir en que los componentes raciales que determinan el mestizaje costeño del Ecuador, sin excluir el de los «criollos» terratenientes, consignaban una mezcla histórica de amerindio, negro y blanco—. En este sentido y en otros, Gustavo Hernández da Fonseca deviene, por analogía, un digno progenitor de Don Nicasio, el gamonal protagonista de *Los Sangurimas*; y, asimismo, solo en proporción diferiría Hernández de las características raciales montuvias, expuestas por el mismo de la Cuadra en su *El montuvio ecuatoriano. Ensayo de presentación* (1937).

III

La reseña histórica de una clase y de un sistema va acompañada en *Los monos enloquecidos* de un repaso de la historia, tanto de la oficial, hegemónica, como de la elaborada por las clases marginadas. La una y la otra se revelan atizadas por la fantasía. El objetivo sería llegar a un conocimiento propio de la realidad histórica ecuatoriana, basado en la razón, para así proceder a construir un auténtico sentido de nación y de identidad nacional.

Los monos enloquecidos realiza ese cometido apelando a un patrón narrativo que cuenta con una rancia tradición, y que una y otra vez le sirve metafórica y literalmente a de la Cuadra, para hacer patente el trasfondo de sus ideas estéticas y para agenciar la política cultural de su comunidad intelectual: la necesidad de exponer un imaginario social históricamente falso. Ese patrón narrativo, que Curtius identificó como «metáforas náuticas» (128-30), se estructura en torno a la figura del joven adolescente que por a o b razón ansía viajes y aventuras y que, después de haberlas realizado, vuelve, cual hijo pródigo, a su país de origen donde entra en contacto con una realidad inédita, más fabulosa que cualesquiera de las extraordinarias y fantásticas aventuras que podría traer para contar. Simbólicos resultan los siguientes comentarios, a propósito de *Poemas ecuatorianos* de Publio Falconí:

Acaso convenga aquí hacer alegoría para exuberar la verdad.

Falconí regresa a la patria. Y no lo hace como Odiseo Laertiada cuando tornara a Itaca.

Ha viajado mucho. Ha corrido mucho. Su nave ha doblado bravamente tormentosos cabos y ha dormido en bahías serenas. Pero, ya emboca el océano. La proa de su velero otea el Pacífico como una agitada nariz disneica. Y ya se despliegan las lonas en el rumbo hacia acá.

Traerá lindas historias que contar. Mas, siempre serán mejores las que viva en el patrio escenario... (149-50).⁴

En *Los monos enloquecidos*, Gustavo Hernández (varón, hijo único, huérfano, de familia acaudalada), siguiendo el patrón del antiguo *topos* —adolescente maltratado por dos hermanas mayores, lecturas plenas de fábulas, aburrimiento, inclinación a la fantasía, ansias de lejanías ignotas— emprende el viaje que lo habrá de llevar alrededor del globo. De esas navegaciones y odiseas trae maravillas que contar, matizadas todas por su innata inclinación a lo fabuloso, a la hipérbole, a la exageración.

La primera parte de la novela comprende unos 30 años de la vida de Hernández por los mares del orbe, hasta su paulatino retorno a su país de origen. La segunda consiste en breves escalas en su ciudad natal, antes de proceder a vivir con su mujer, Yolanda, e hija, Alicia, en «Pampaló», el vasto y mítico feudo patrimonial ubicado tierra adentro, en la jungla de la costa ecuatoriana. Las ignotas y fabulosas experiencias náuticas ceden el paso a un mundo real, inédito, perturbador y extraordinario. La metamorfosis que resulta de ese contacto invita a alegóricas explicaciones.⁵

4. Al respecto, es interesante informar cuan a menudo de la Cuadra recurrió en varios de sus escritos sobre compañeros de generación suyos a la metáfora del viaje y de la vuelta al terruño, después de haber vivido otros horizontes. La parábola, inevitablemente, es que el viajero retorna para emprender un nuevo viaje, metafórico, hacia el autoconocimiento, hacia el interior, hacia lo propio y autóctono que habrá de contribuir a un mejor entendimiento de la realidad e identidad nacional. Sus siluetas biográficas sobre, e.g., Alfredo Pareja Diez Canseco Isicl y Jorge Carrera Andrade siguen ese patrón. Podría decirse incluso que la unidad que sostiene el libro *12 siluetas* (1934) se apoya en la búsqueda de lo propio.
5. Cabe aquí forjar un paréntesis en cuanto a Guayaquil, la ciudad natal de Hernández, en la que él solo apuradamente se detiene cuando vuelve al Ecuador. Ciudad que por el frente se vuelca hacia la ría y el mar abierto y que hacia atrás se remonta hacia el mundo oscuro y mítico, inadvertido y abandonado, de la jungla. Entre esos dos extremos se debate la ciudad, mirando hacia afuera y casi ignorando lo interior, viviendo entre la tradición y el cambio, entre una tradición arquitectónica y de valores que delatan el período de crisis que atraviesa la ciudad y que igual, por analogía, vive Gustavo Hernández.

La vida de éste encaja dentro de lo que de la Cuadra identificó en *El montuvio ecuatoriano* como un «fastuoso ausentismo» que, cual plaga natural, azota el agro montuvio. Hernández reflejaría el síndrome asociado con los «regresados», con el tránsito, manifiesto entre miembros de las clases privilegiadas, que solo tornan al suelo patrio en busca de fortuna (1958, 872-73).

Al entrar en la jungla, en *Los monos enloquecidos* desarrolla el encuentro/desencuentro de Hernández con una geografía física y humana a la que él se acerca solo en busca de cómoda fortuna. Búsqueda que acabará por abrumarlo. *Repercute* en Hernández el arrebato que le depara lo desconocido y misterioso. Hace barricada de la razón, se atrinchera en los modelos que ésta le facilita. No obstante, sucumbe más y más a los atributos primitivos de su ser. El latifundista Hernández parecería a la vez ilustrar tanto las *zonas de contacto* como las *zonas de macidez* a que hizo referencia de la Cuadra en 1933, en uno de sus ensayos más densos y apenas divulgado. La cuestión se plantea ahí en estos términos:

Primeramente hay que considerar que las clases sociales, aun por la razón de su lucha permanente, no viven aisladas. Constantemente se interfieren; y, estas situaciones influyen... trasladando su influencia, por repercusión, desde las que llamaríamos «zonas de contacto» a las que llamaríamos «zonas de macidez», es decir a aquellas donde —por condiciones eventuales o permanentes...—, el espíritu de la clase social soporta instantes de transitoria inanidad o se manifiesta con desviaciones y contradicciones de ideología...

Por elemental recurso estratégico, en las «zonas de contacto» accionan las brigadas de choques de las clases sociales en lucha; y, es obvio que esté en ellas el espíritu clasista, adoptando sus posiciones extremas. Una influencia de la una en la otra... sería imposible: la influencia se opera, pues, por repercusión, sobre las zonas de macidez. Ahora bien, la clase social que siente la influencia no la deja prosperar libre y arbitrariamente: por lo contrario, la enruta de manera a que sirva a sus propios intereses en perjuicio de los de la clase social que es sujeto activo de la influencia» (1986, 51, 54).⁶

Dentro del modelo que constituye *Los monos enloquecidos*, ni Hernández cede ni ceden los pobladores autóctonos del agro costeño que configuran el otro polo de las «zonas de contacto» —llámense ellos montuvios, indios o negros—. El resultado es que la novela enfrenta un mundo «moderno», eurocéntrico, propenso a colonizar y explotar, con un mundo primitivo. El choque que se produce es, pues, entre clases sociales que interpretan la historia de maneras radicalmente distintas. La intransigente disputa por la verdad histórica, sujeta a las fantasías de ambos lados, deviene el centro de la problemática que trasunta la narrativa, a la par que el alusivo punto de partida para construir una realidad ecuatoriana.

6. El concepto *zonas de macidez* exige explicación, especialmente el último de sus términos. *Macidez* parece ser un neologismo acuñado por el autor, probablemente derivado de «macizar» (rellenar lo que estaba hueco), consciente, sin duda, de que la palabra «macidez» (calidad de macizo) no cumplía con el propósito de la noción expuesta. Por otro lado, no se olvide el significado de la palabra «masa» (mezcla, conjunto de partes que forman un todo), al cual también remite el neologismo en cuestión.

Así, e.g., los peones negros de la hacienda, custodios de una tradición oral, «dejaban que se desbordara su fantasía», y se la relatan a Alicia de este modo:

— Vea, blanquita; aquí jué onde sus papás encerraban a los presos. Ahí estaba la barra y er cepo; ahí las argollas; de ese gancho der techo, cargaban al varón que latiguiaban a narga pelada, blanquita... ¡qué horror! Izque se morían de tanto que los maltirizaban, mismamente como a Nuestro Señor Jesús Cristo... digo yo...

Hernández, a su vez, pronuncia su visión histórica:

— No hagas caso, hija. Son mentiras. Nada más. Fantasías. Estos peones estúpidos son, en esos respectos, como los demás ecuatorianos. Mis compatriotas viven enamorados de un pasado que no han tenido, y tratan de forjárselo a toda costa, a su modo, presentándolo con pinceladas tenebrosas, para hacerlo más atractivo; sin darse cuenta de que plagian miserablemente, apoderándose para su uso de historias de pueblos distintos, que las vivieron de veras, pero en circunstancias distintas, también...

[...] me recuerda ahora la conciencia... a tus dos tías... Entre María de las Mercedes y Jesusa te habrían llenado la cabeza de cuentos de la laya de esos que te relatan los negros... Pero, mis hermanas te los habrían narrado a lo glorioso. (1958, 668-69. Subrayado mío.)

Lo paradójico es que Hernández, a pesar de sus desmentimientos, a pesar de presuntamente haber rechazado y socavado la historia de su familia, resulta un espejo en línea recta de los delirios de los conquistadores que siglos antes iban en busca de «el dorado», encajando así también, por contigüidad, dentro de los atributos de las aludidas «zonas de macidez». Los desmentimientos no serían más que meros desplantes al servicio de intereses particulares. Los actos transforman esos desmentimientos en retórica, en parodia.

Si los peones plagian una historia que «dizque» no han tenido, los Hernández, y los de su laya, insisten en *refundir* historias pretéritas. Así, e.g., impaciente con los frutos que le podría ofrecer la explotación eficiente y metódica de la riqueza maderera de su vasto latifundio, Hernández opta, sin entender o resolver ese paradigma económico, por la improvisación, por la solución fácil —se entrega con locura a la búsqueda de un quimérico tesoro, oculto, que la tradición de sus mayores refería—. Tesoro que podría ser, igual, piensa, un yacimiento aurífero.⁷

7. Estamos aquí ante un síndrome que remite, e.g., a los Buendía de *Cien años de soledad*, quienes, recuérdese, sin haber resuelto metódicamente un problema que las circunstancias les plantea, se lanzan con delirio hacia nuevas y fantásticas empresas e improbables subsecuentes soluciones, divorciadas, por cierto, del contexto histórico inmediato. En *Los monos enloquecidos*, Hernández recurrirá a la brujería del negro Masa Blanca, médico de curar, y a secretos mágicos aprendidos por Hernández, el marino, durante su estadía en África. Su necio

Sea como fuere, ese mismo Hernández que, consciente o inconscientemente, se precia de ser portavoz de una incipiente revisión histórica, acaba por entregarse al aprovechamiento de un patrimonio que, en intención, perpetúa la imperial ideología de sus antepasados terratenientes. Sigue siendo un feudalburgués empedernido, no obstante sus mofas y refutaciones frente a los de su clase. Sueña la metáfora del imperio:

Véase dueño de una mina en plena explotación, entregándola a la administración de una poderosa compañía norteamericana que le daba el cincuenta por ciento de las acciones; véase ya, convertido en un nabab de la India, retirando fabulosos dividendos; véase propietario de un yate hermosísimo, gallarda flor de los océanos, navegando otra vez, pero ahora como gran señor, las mismas rutas marítimas que recorriera antaño en humildes servicios marineros, de piloto, de mozo de cámara... (1958, 687).

Ahora bien, quien más intensamente vive las repercusiones y el traslado de influencias de las zonas de contacto a las de macidez es la hija de Hernández, Alicia. Esta pareciera buscar una salida a la encrucijada en que se encuentra, encrucijada que la lleva al deterioro psíquico, al borde de la locura. En efecto, es en Alicia —de padre ecuatoriano, si bien nacida en el extranjero— en quien repercute de modo especial la afectada historia de los peones del latifundio. Es en ella y con ella donde parece entrar en gestación el vislumbrado proceso de desmitificación histórica:

[Alicia] Pensaba que sus antepasados —sus papás, como los llamaban los peones— habían sido unos salvajes dignos de épocas remotas de barbarie absoluta. Y, en lo íntimo de sí, acaso sin reconocerlo, se le ofrecían repulsivos, y maldecía silenciosamente de su memoria... (1958, 669).

No obstante, solo se puede conjeturar hacia dónde hubiera llevado de la Cuadra a este personaje de haber concluido su novela. Lo que sí queda claro, sin embargo, es que el viaje psíquico que Alicia Hernández realiza en «Pampaló» nada tiene que ver con el paso al país de las maravillas que cumple su homónima de la obra de Lewis Carroll. Al contrario. El viaje es a la realidad. Esta es la que en *Los monos enloquecidos* resulta maravillosa e insufrible por inédita e inusitada. De ese modo, en Alicia repercuten una historia y una geografía desconocidas, más extraordinarias que cualquier fantasía u obra de la imaginación creadora.

Esa realidad histórica y natural que lleva a Alicia al filo de la enajenación es la que exige ser expuesta si ha de llevarse a cabo la labor de sanidad mental

designio consiste —y por allí apunta la locura— en transformar monos en excavadores humanos para, por ese intermedio, llegar al presunto tesoro.

colectiva anotada en la reseña sobre el libro de Jaramillo Alvarado. Solo así se efectuará la creación de una identidad ecuatoriana propia que maldiga de una memoria de barbarie cual parece desear Alicia —ello exigiría exponer la realidad pero toda la realidad, y ese fue el lema que auspiciaba de la Cuadra y el que identifica a toda su comunidad generacional.—

IV

Por último, cabe señalar que *Los monos enloquecidos* invita y propone una serie de posibles lecturas que, por contigüidad, remiten a un paradigma y horizonte cultural más amplio que el que normalmente se asocia con de la Cuadra o con el Grupo de Guayaquil y la generación del 30 en el Ecuador. La novela rinde la posibilidad de múltiples lecturas: como biografía novelada, como novela de aventuras, como libro de viajes literales y metafóricos, como parodia histórica, como «grotesco cómico», como disyuntiva de la problemática realidad/ ficción/ metaficción/ simulación/ disimulación, como expresión de encuentros y desencuentros culturales y de clase, y, por cierto, como anticipo de lo que habría de llamarse lo real maravilloso americano.⁸

Sobre esto último, por analogía, cabría decir de las experiencias de Gustavo Hernández lo que de la Cuadra dijo sobre Antonio Pigafetta y la crónica que éste

8. Esas interpretaciones no podrían prescindir de los varios ensayos y relatos en que de la Cuadra, directa o indirectamente, revelan sus lecturas e intereses. 1. Sobre biografía: *12 siluetas*, «Don Manuel y los animales», «La novela de un soldado de fortuna», «La Perricholi». 2. Es evidente que también estaba al tanto del apogeo que entonces vivía la biografía; así lo atestiguan las referencias que hace a nombres como los de Strachey, Ludwig, Rolland, Salaverría, etc. 3. Sobre aventuras, viajes y leyendas: «Sueño de una Noche de Navidad», «La vuelta de la locura», «Vestigios de la Atlántida», «El caballero Pigafetta». Su repertorio de lecturas sobre este último tema remite a nombres reales y de la imaginación como Odiseo, Cadmo, Simbad, Marco Polo, Vorágine, Colón, Elcano, Juan Hernández, Robinson Crusoe, Darwin, Agassiz, el P. Velasco, entre los más conocidos; y remite, igual, a toda una larga lista de oceanógrafos, etnógrafos y arqueólogos. 4. Sobre la problemática realidad/ficción/metaficción, véanse las «Palabras del protagonista al autor» de *Los monos enloquecidos*.

Caso aparte, y como apoyo para realizar esas posibles lecturas, véanse escritos acerca de la literatura crítica sobre viajes y viajeros: (Adams, Campbell, Von Martells, Pratt); sobre lo «grotesco cómico» y la parodia histórica: (Bakhtin); y, sobre el asunto de «simular/disimular»: (Baudrillard). Asimismo, habría que tener en cuenta que el relato novelesco sobre exploraciones y viajes, e.g. Joseph Conrad y su *Heart of Darkness* (1902), hizo huella a principios de siglo, y no menos el renovado interés por el culto del explorador, del viajero, de la geografía y de la exploración de horizontes desconocidos. El mismo Conrad escribió un largo artículo sobre el tema: «Geography and Some Explorers», *National Geographic Magazine* (marzo, 1924). Ese mismo año de 1924, en agosto, murió el ya entonces célebre Conrad. Su muerte no pudo haber pasado inadvertida en el Ecuador. Piénsese, además, cuánto ocupó y preocupó a la prensa y a lectores de diferentes latitudes la figura y aventuras, por el Matto Grosso, del coronel

dejó de su *Primera circunnavegación del globo*: «mas, que no quede en mi lector la impresión de que solo fantasías iluminan la crónica del caballero Pigafetta... Sólidas realidades, más luminosas que las más deslumbrantes fantasías, se entrecruzan y contraponen en ella. Es que esas realidades son, de suyo..., tanto o peor de increíbles que las máximamente exageradas obras de la imaginación creadora». (de la Cuadra, *Obras* 927-28). Así, las vivencias de Hernández en la jungla costeña ecuatoriana resultan más fabulosas que sus aventuras náuticas tan atizadas por su fantasía.

Lo anterior propone que en el horizonte cultural ecuatoriano se presentaba una situación conflictiva entre lo extraño y lo propio, entre influencias foráneas y la necesidad de adentrar en el conocimiento de la realidad inmediata. *Los monos enloquecidos*, precisamente, rezuma el anhelo de hacer *tabula rasa* de un imaginario social ecuatoriano que promovía la vida nacional como «país de Alicia». Desmitificar ese país de las maravillas, y por esa vía hacer labor de sanidad mental colectiva era lo que se proponían de la Cuadra y sus compañeros de generación, no obstante la crisis y las ambivalencias que atraviesa por necesidad cualquier grupo de transición que se empeña en fundar un nuevo sentido de nación.

V

Se ha venido hablando últimamente de espacios fundacionales, de imaginarios sociales, de alteridad, de géneros, de raza, de metaficción, de lo real maravilloso, de la biografía, de libros de viaje, de encuentros y desencuentros —paradigmastodosquehanocupadoa sectores de la crítica de nuestros días—. *Los monos enloquecidos*, conforme se dijo, no se resistiría a esas posibilidades de lectura; y, señalaría igual, por contigüidad, un paradigma y horizonte cultural más amplio que el que tradicionalmente se asocia con de la Cuadra, con el Grupo de Guayaquil y con la generación del 30. El siglo XX es un cambalache dice el tango. Siguiendo esa línea, el «indigesto cerebral» Hernández sería sinónimo de esa encrucijada. Alicia aún más, quizás. Su sintomática perturbación, al borde de la locura, apunta a la complicadísima cuestión de que las señas de identidad ecuatoriana y de más allá, en lo que toca a anomalías derivadas de lo económico, histórico, racial y geográfico, no serían fáciles de resolver. No lo han sido. La

Percy Harrison Fawcett durante la década del 20. Sus trajinares, desaparición, historia, consiguiente leyenda y mito seguro que ocuparon también a los periódicos guayaquileños. Solo cabe conjeturar cuánto de lo anterior llegó hasta de la Cuadra. La recepción «histórica» de esta figura es fascinante, según la elabora Stephen M. Roberts en «The Fate of Colonel Fawcett», estudio inédito.

sanidad mental colectiva es aún una operación de cirugía por realizarse que solo habrá de venir con la desmitificación de una conciencia colectiva, muy de «país de Alicia». •

OBRAS CITADAS

- Adams, Percy G. 1983. *Travel Literature and the Evolution of the Novel*, Lexington, The University of Kentucky Press.
- Bakhtin, Mikhail. 1968. *Rabelais and His World*. Transl. Helene Iswolsky, Cambridge, The M.I.T. Press.
- Baudrillard, Jean. 1988. *Selected Writings*. Ed. e introducción de Mark Poster Stanford, Stanford University Press.
- Campbell, Mary B. 1988. *The Witness and the Other World. Exotic European Travel Writing, 400-1600*, Ithaca/London, Cornell University Press.
- Cuadra, José de la. 1958. *Obras completas*. Prólogo de Alfredo Pareja Diezcanseco. Recopilación, ordenación y notas de Jorge Enrique Adoum, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Cuadra, José de la. 1933. «El arte ecuatoriano del futuro inmediato», *El Telégrafo*, Guayaquil, abril 30, mayo 14, mayo 28.
- Cuadra, José de la. 1986. Reproducido por Alejandro Guerra Cáceres en *Crónica del Río*, No. 1, Guayaquil, 50-55.
- Cuadra, José de la. 1932 «*Poemas Ecuatorianos*. Publio Falconí (Prólogo a un libro)», *Vida Femenina*, No. 152, Montevideo. Reproducido por Alfredo Alzugarat en *Kípus. Revista Andina de Letras*, No. 4, Quito, 1995/96, 147-50.
- Curtius, Ernst Robert. 1953. *European Literature and the Latin Middle Ages*. Trans. Willard R. Trask, New York/Evanston, Harper and Row Publishers.
- Kuhn, Thomas S. 1996. *The Structure of Scientific Revolutions* [1962]. Chicago, The University of Chicago Press.
- Kuhn, Thomas S. 1977. *The Essential Tension*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Palacio, Pablo. 1932. *Vida del ahorcado. Novela subjetiva*, Quito, Talleres Nacionales.
- Pratt, Mary Louise. 1992. *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*, London, Routledge.
- Roberts, Stephen M. 1997. «The Fate of Colonel Fawcett», (manuscrito).
- Robles, Humberto E. 1978. *Testimonio y tendencia mítica en la obra de José de la Cuadra*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Von Martels, Zweder (ed.). 1994. *Travel Fact and Travel Fiction. Studies on Fiction, Literary Tradition, Scholarly Discovery and Observation in Travel Writing*, New York, E. J. Brill.